
Armando Pereira

Una década de narrativa mexicana

El espacio imaginario es, por definición, un territorio ambiguo: no está en ninguna parte y, sin embargo, siempre estamos accediendo a él. Fue Barthes, me parece, el que mejor lo ha definido, precisamente porque nunca intentó definirlo: "En su grado más pleno —dice—, el Imaginario se experimenta así: todo lo que quiero escribir de mí mismo y que a fin de cuentas me resulta embarazoso escribir." Embarazoso, porque —según Blanchot— "la imagen nos compromete y, lejos de hacernos vivir en la fantasía gratuita, parece entregarnos profundamente a nosotros mismos." Esto no quiere decir que lo imaginario se manifieste exclusivamente a través de la escritura, sino más bien que la escritura abre una puerta o traza un camino que nos conduce directamente a él. Me refiero a un tipo específico de escritura, a la escritura literaria, a ese entramado textual que se ha fijado una tarea imposible: corporizar un fantasma, prefigurar un deseo. Adentrarnos en el espacio literario es aventurarnos a correr un riesgo: el riesgo de ir perdiendo poco a poco la tierra firme bajo los pies. No pretendemos otra cosa con la colección de relatos que aquí ofrecemos. Tal vez resultaría exagerado afirmar que los autores antologados constituyen el imaginario de una década de la narrativa mexicana; lo que sin embargo no resultaría tan exagerado sería afirmar que de alguna manera han contribuido a crearlo.

Uno de los mayores problemas con que se enfrenta una antología —y sobre todo cuando se trata de una antología preparada para una revista— es que, por tiránicas

e ineludibles razones de espacio, resulta imposible incluir en ella a todos los autores que con pleno derecho debían estar presentes. Asumiendo de entrada ese reto, de cualquier forma quisimos dejar constancia en nuestras páginas de diez años de narrativa mexicana. Es decir, decidimos restringir esta muestra a los narradores que, en el momento de la publicación, tuvieran entre treinta y cuarenta años, y que por lo menos hubieran dado cuenta de su labor creativa mediante la publicación de un libro de cuentos o una novela. A pesar de las restricciones señaladas, somos conscientes que las ausencias son tan significativas como las presencias (algunas de esas ausencias, sin embargo, no se debieron estrictamente a negligencia u olvido del antologador). Y eso hace que el cuerpo textual conformado por los once jóvenes narradores que aquí presentamos, se convierta en un juego de luces y sombras, en donde unas nos remiten a las otras y viceversa.

Sin embargo, el espacio configurado por esta antología no pretende ser, ni mucho menos, un espacio cerrado ni definitivo. Sus carencias —múltiples, inevitables— nos obligan a abrir ese espacio a otras voces que, o bien no fueron convocadas, o bien no acudieron oportunamente a nuestra solicitud. Pues en realidad no es otra nuestra intención que crear un territorio plural de convergencia en el que puedan hacerse oír las voces más diversas, con el objeto de alcanzar así una imagen más completa y más fiel de la joven narrativa mexicana. ♦

